

DIALOGO CON

JOSE ANTONIO ENCINAS

ENTREVISTA DE
RAFAEL HELIODORO VALLE

Los estudiantes universitarios son un conjunto heterogéneo que es difícil sea influenciado u obediencia, tal como pasa en el ejército, a determinada persona. Pueden los estudiantes tener las ideologías más diversas y deben recibir las lecciones de los maestros en el ambiente de la libertad de cátedra. Para que la disciplina estudiantil sea un hecho, es necesario que los estudiantes disfruten de libertad, que es orden, armonía.

Los catedráticos universitarios necesitan una situación decorosa que les permita entregarse íntegramente a su magisterio, y, según investigaciones que hemos realizado en la Universidad de Lima, cada catedrático sólo puede trabajar dos horas diarias, en pleno goce de creación.

El problema de las vocaciones es tan grave como el de la creciente población escolar y el de la falta de catedráticos que puedan asumir la responsabilidad de algunas disciplinas científicas. La plétora de médicos y abogados es la misma en el Perú; pero ya están surgiendo especialistas que han sido capaces de labrarse una posición que no les habría dado la abogacía, por ejemplo.

América no ha dado hasta hoy filósofos, sino ensayistas, conferenciantes, admirables expositores de doctrinas filosóficas, y ello a pesar de que ha habido un James, un Emerson, un Santayana. Pero América lleva en sí las simientes que han de precipitar, de un momento a otro, la presencia de un filósofo que sea capaz de expresar el pensamiento y la inquietud de América.

Considero que el problema social que más preocupa en América Española es el de acabar con los regímenes de fuerza, de violencia, que no sólo son una ignominia, sino un peligro que hay que conjurar.

Anhelaba conversar con el ex Rector peruano, doctor José Antonio Encinas, quien ha venido a México, en agosto último, invitado de honor de la III Conferencia Interamericana de Educación; y lo he logrado en vísperas de su viaje a los Estados Unidos, a donde se dirige a solicitud de la Carnegie Foundation, como profesor-huésped de las Universidades de Arizona, Colorado, Nuevo México y Texas.

—¿Y vuelve usted a México?

—Pienso regresar para estudiarlo con el detenimiento necesario, por tratarse de un país en donde se realizan valiosas experiencias en el orden económico y educativo. Pero si regreso, no permaneceré en la capital. Habré de viajar, si me es posible, por todo el país, como único medio para conocerlo en sus más variadas expresiones.

—Es lo que también han hecho algunos mexicanos que creen que la ciudad de México no es México...

Y la conversación va derivando, a medida que entra en calor, hacia la obra seria de algunos estudiosos, como Moisés Sáenz, quien ha ampliado el área de sus investigaciones hasta el Ecuador y Perú, procurando penetrar y explicar los problemas y fenómenos del indio.

—Sí—me dice el doctor Encinas—he leído ya "Carapan", un trabajo importante, como todos los escritos por mi distinguido amigo y colega el señor Sáenz. Es lástima que estudios de sociología, antropología y etnografía indoamericanas, no se verifiquen con la necesaria sistematización.

—Es evidente lo que usted dice: necesitamos orden, disciplina, para hacer algo fructuoso. Por fortuna nos hemos ya percatado de esto en México y notamos que también en el Perú ya se han dado cuenta de que hay que organizar el conocimiento bajo estrictas férulas científicas.

—En Lima hemos logrado organizar el Instituto de Sociología Peruana, con treinta miembros de número, y uno de ellos es el señor Sáenz. El Instituto no es oficial; pero, a pesar de ello, su vida es intensa, porque se dedica a estudiar los problemas relativos a la cultura peruana.

Al decir esto el doctor Encinas me da a conocer los importantes trabajos del alemán H. Cunow, que forman parte de la Biblioteca de Antropología Peruana que nuestro huésped dirige.

—A pesar de que yo tengo constante preocupación por estar informado de todo lo que los hombres de estudio publican en América, no los conocía—le digo—. Ya sabrá usted que acabamos de fundar en esta capital la Sociedad Mexicana de Antropología y que en ella se está procurando dilucidar, en un ambiente de auténtica elevación mental, todos los problemas que le atañen. Querriamos que usted viniese una noche a una de nuestras asambleas.

—Las universidades del Perú, México, Bolivia, Ecuador y las de Centroamérica, están obligadas a intensificar este género de estudios. Mi destierro no me ha permitido continuar la obra de la biblioteca de que hablo, si bien he pensado que los trabajos del profesor Trimborn son un aporte de gran interés para la sociología del Perú.

—Algunas de esas investigaciones, especialmente las que se hacen respecto a los indios, deben ser peligrosas, me lo supongo...

—Tiene usted razón. Hay países americanos en donde el solo hecho de querer intentarlas, pone en riesgo al antropólogo, porque los maliciosos políticos creen que se trata de hacer labor comunista, y, figúrese usted...

—Aquí seguimos, con empeño particular la labor que hacen Tello, Valcárcel, Urteaga. El Perú es uno de los paraísos de la arqueología, al igualde México.

—Me parece que Tello es de lo más formal que tenemos en todo Sudamérica.

—¿Y el doctor Uhle?

—Su obra sigue siendo muy apreciada. Hay otros en Bolivia, en Ecuador, en Argentina. En aquellas universidades tenemos muchachos que se han interesado mucho por esta clase de estudios, y, además, poseemos una rica y espléndida bibliografía, todo lo cual, reunido por un estudioso, va a dar el resultado que se apetece. Pero, diré a usted con franqueza: individuos preparados para dictar un curso universitario no los tenemos, ni creo que los haya. Solamente eso, una gran bibliografía.

—Todo esto aviva nuestra inquietud para conocer más a fondo la historia de la cultura en América.

—Ahora, precisamente, redacto una conferencia sobre la evolución de dicha cultura. Será una de mis conferencias para la próxima jira que haré por las cuatro universidades norteamericanas de que le hablo.

—Admirable todo lo que me dice. En estos días esperamos que el Dr. John Tate Lanning, de la Universidad de Duke, nos dé a conocer su estudio histórico sobre las universidades de este hemisferio.

—Pues le decía: estoy estudiando la evolución de la cultura en América. Ahora me tiene usted procurando interpretar la influencia del positivismo en el Brasil. El positivismo apareció en México, caso curioso, cuando hacía 30 años que había dejado de tener validez en Europa. A América llegó como cuestión religiosa; pero como cuestión filosófica, llegó mucho después, a través de Comte y de Spencer.

—Pero tal vez usted ignora que el doctor Barreda, que fue en México el corifeo más entusiasta, de mayor simpatía humana, de mayor influencia intelectual, era discípulo directo de Comte. Aun hay discípulos fervientes de Barreda, uno de ellos el Ing. Agustín Aragón. No deje usted de documentarse en una polémica que hubo hacia 1910 en esta ciudad, entre los abanderados del positivismo y aquel grupo de universitarios que formó el Ateneo de la Juventud, entre ellos Antonio Caso, José Vasconcelos, que fueron los promotores de la reacción antipositivista, si bien el que abrió la brecha fue Ricardo Gómez Robelo.

—Muy bien las informaciones que usted me da. Cuando fui Rector de la Universidad de San Marcos, en Lima, teníamos una cátedra para estudiar el Positivismo. La conferencia que estoy preparando será breve, somera.

El doctor Encinas no disimula su impaciencia y su entusiasmo por hablarme del Instituto de Antropología del Perú, y yo sigo escuchando con atención.

—Lo fundamos en 1931. A él se ingresa solamente a base de trabajos. Son treinta individuos de número en la actualidad. Ciertamente es que en el Perú se tropieza con muchas dificultades para

esos estudios que requieren calma, y como ya dije antes a usted, si se quiere estudiar sobre el terreno los problemas de los indios, por ejemplo, hay que hacer declaraciones, humillarse, en fin, y todo para que se piense que se trata de sublevados.

En el ambiente de franqueza y de cordialidad que ha ido tramando nuestra conversación, estalla, irrefrenable, una sonrisa por todo comentario a lo que el doctor Encinas me informa. Esta América maravillosa que todavía vive a la sombra de sus prejuicios en flor...

La Antropología, la historia de la cultura americana, los problemas indígenas, la bibliografía, nos van llevando, en suave declive, a pisar otros terrenos en que mi curiosidad se adentra y mi entrevistado se allana para continuar el coloquio.

—Hábleme—le digo, a riesgo de ser impertinente—de la reforma universitaria en el Perú. Yo la seguí por algún tiempo. ¿Es que tuvo conexiones con la argentina iniciada en Córdoba?

—La reforma en la Universidad de San Marcos ha seguido defendiéndose, en parte, aunque los muchachos no son semejantes a los que lucharon durante nuestra gestión. Dos estudiantes que acaban de llegar a México, desterrados, me informan que los alumnos han impuesto su criterio al Rector, y que le han dicho hasta en qué forma quieren que sean los exámenes. Y parece que se ha accedido a su exigencia. En el Perú están pasando algunas cosas...

—¿De manera que hay desterrados?

—Entre ellos está mi hijo, que tiene 17 años y ahora estudia en una universidad norteamericana. Poco falta para que destierren a los del kirdergarten... Cuando fui Rector, tuve una larga entrevista con el Presidente Benavides, quien me dijo que yo estaba sublevando a los muchachos. Tuve que decirle que eso no era posible; que el estudiante no tiene más control que el de su espíritu; y que forma un conjunto heterogéneo que resulta difícil de influenciar. No es como en el ejército, le dije; porque en el ejército se sigue ciegamente la voz del jefe, y además, el militar tiene su código y su pistola al cinto, mientras que el estudiante no está sujeto más que a su propia moral. Le hice ver también que dentro del claustro universitario se imponía una disciplina: la del estudio; pero que fuera de él, el estudiante podía ser fascista, comunista, católico, ateo, lo que más gustase. Y ya ve usted lo que me dicen los jóvenes que acaban de llegar: que los estudiantes han impuesto su criterio al Rector. Eso no sucedía antes.

—¿Y cuáles fueron los puntos más interesantes de aquella reforma universitaria?

—El régimen de co-gobierno, en el cual participan maestros y estudiantes, ha sido excluido, habiendo regresado al tipo de Universidad de maestros. Sería difícil que yo le hablara a usted, in extenso, sobre dicha reforma. Si más tarde dispongo de tiempo, me sería honroso exponer en una conferencia, aquí en México, los postulados de dicha reforma, los cuales, a mi juicio, en el orden académico, resultan irrefutables.

—Pero, en síntesis...

—Podría yo indicarle algunas cuestiones. Vamos por partes. En primer término, el Instituto Preparatorio, destinado a preparar al futuro estudiante universitario, advirtiendo que ese Instituto no era un nuevo ciclo de enseñanza en donde el alumno había de repetir lo aprendido en la segunda enseñanza, sino un centro de estudios para capacitar al estudiante en el manejo de los instrumentos de aprendizaje, tales como idiomas, bibliografía, conocimiento perfecto del idioma castellano, incluyendo latín y griego, y además, estudios sobre paleografía, historia de las ciencias, historia de la cultura indoamericana, etc., etc.

—¿Y cómo se resolvía el problema de la vocación?

—Con un sistema electivo de los cursos, a propósito de formar planes de estudio individuales, según la vocación e intereses de cada estudiante. Quedó excluido el plan uniforme que rige en la mayoría de nuestras universidades.

—¿Y en las Facultades?

—Era un régimen de Institutos y no de Facultades. El Instituto sirvió para sistematizar la enseñanza. Y la consecuencia de este régimen fue la organización de los Seminarios y, por tanto, la exclusión de la lección oral, único procedimiento didáctico entre nosotros. Pero hay algo, que no sé si en México lo tienen: el régimen tutorial o sea la dirección espiritual y mental de los estudiantes a cargo de determinados profesores.

—No tenemos ese régimen. Me parece admirable. Ojalá. ¿Y cuál era dentro de esa reforma el centro de las actividades universitarias?

—La Facultad de Filosofía, el verdadero y único centro, al fundirse en ella las antiguas Facultades de Letras y de Ciencias. La Escuela de Altos Estudios era centro de Investigación y requisito esencial el tomar cursos en ella para el grado de doctor.

—Se habrá usted enterado, doctor Encinas, de las labores del Departamento de Acción Social de nuestra Universidad.

—Me he enterado, como es natural. Dentro de nuestra reforma considerábamos que la función social de la Universidad, incorporando a sus actividades al elemento no universitario, el proletariado y la clase media, se realizaba mediante el Instituto de Extensión Universitaria. Eso sin desentendernos de los estudios de cultura específica, alemana, francesa, inglesa. Se dió marcada preferencia a los estudios de Antropología, Sociología, Historia y Geografía del Perú, estableciendo los institutos correspondientes.

—¿Y el sistema de exámenes?

—También se reformó ese sistema, a base de determinado número de trabajos, unos libres y otros obligatorios, presentados en el curso del año académico. De modo que quedó excluido el examen oral y el escrito de fin de año. Cada dos meses el joven tenía que presentar a su tutor un trabajo, una síntesis de estudio, trabajo que pasaba a su expediente anual, y al término del año el tutor calificaba todos los trabajos, y si el estudiante no encontraba que la calificación respondía a lo que de su labor esperaba, ocurría a otro catedrático para que dictase el fallo definitivo. Hasta trabajos periodísticos, publicados por los alumnos, eran válidos para el examen. Claro está que teníamos una producción enorme... Hay algo que es muy necesario y es que después de que el estudiante está en condiciones de saber qué libros, qué comentarios, qué escritos hay sobre tal o cual materia, sepa leer. Porque es indudable que el estudiante, en su gran mayoría, no digiere la lectura, no asimila lo que va leyendo. Siempre pensé que los estudiantes de Secundaria no estaban preparados para realizar los estudios universitarios en el Perú y de ahí que el Instituto preparatorio tomara bajo su responsabilidad prepararlos, pero no repitiendo los estudios de Matemáticas, Geografía, Historia, sino estudiando idiomas, a lo menos pudiendo traducir del alemán, el francés, el italiano y el inglés.

—Uno de los problemas que más asustan es el de la vocación del estudiante y otro el de la población escolar, pues hay cátedras con 100 y hasta 120 alumnos.

—Eso no pasaría si se dejase escoger libremente, pues es claro que habrá quienes se interesen por la Numismática, la Paleografía. He conocido muchos que se han dedicado francamente a la cátedra, y todos, o casi todos, son licenciados. Además, allá como aquí, el catedrático recibe sueldo por el tiempo que ha trabajado.

—¿Cuánto gana en el Perú un catedrático universitario?

—Doscientos cincuenta soles peruanos, por cátedra. Y algunos tienen dos, con lo cual ya es posible que puedan vivir decorosamente.

—En cambio, entre nosotros, el catedrático no siempre puede vivir solamente de la cátedra, sino que tiene que entregarse a otras labores, a múltiples labores: algunos a la política, otros al bufete, al consultorio, al periodismo...

—Yo he llegado a la conclusión de que un catedrático para dar bien su clase, para dedicarse a ella bien, todo lo más que puede dar son dos horas de clase al día. Eso lo hemos logrado con el sistema de Seminario, en que las dos o tres horas de clase a la semana, se juntan en un solo día, porque con el sistema de una hora de clase cada tercer día, mientras el profesor llega, pasa lista, los alumnos se ponen en paz, se gasta media hora, y el resto ya no es lo bastante para llenar un programa de conferencias.

—¿Dentro de ese plan, cómo han surgido los profesores universitarios?

—Al unirse las Facultades de Ciencias y Letras, se abrieron nuevos rumbos para los jóvenes. Hubo uno que especializó en idioma quéchua, y ha hecho viajes a los Estados Unidos, que le han producido dos mil dólares en dos meses, lo que quizá no ganaría en toda su vida como médico o abogado. Miles de médicos, de abogados, y en cambio faltan los historiadores, los lingüistas, que se pueden contar. Y en cuanto a los filósofos...

—Alguna vez yo he sostenido que en América no tenemos filósofos; que tenemos grandes divulgadores de la Filosofía, magníficos diletantes, sabios conferencistas, catedráticos de primera calidad; pero, ¿creadores? Eso no. En los Estados Unidos, William James y ahora Santayana, es cierto, pero no podemos considerarlos a la altura de los europeos. Y conste que Vasconcelos, por ejemplo, ha

creado la teoría del Hombre Cósmico, que es lo más original que un pensador de nuestro tiempo, en nuestro hemisferio, puede reclamar.

—Y—me dice el doctor Encinas—, sin embargo, cuando necesitábamos catedráticos para nuestra Facultad de Filosofía y Letras que establecimos de acuerdo con pautas filosóficas alemanas, nos vimos en muchas dificultades. Trabajé también, pero en vano, para fundar el Instituto de Estudios Religiosos. No había profesores. El Instituto de Estudios Religiosos. No había profesores. El Instituto se distingue del régimen clásico de la Universidad, en que en él debe haber, hay completa libertad. El Instituto unifica a los catedráticos, no subordinándolos ideológicamente, sino armonizándolos.

Pregunto a mi distinguido interlocutor:

—¿Cuál es su experiencia respecto a la disciplina estudiantil?

—Ella se mantuvo inalterable en el orden académico, en nuestra Universidad. Los estudiantes cooperaron con eficiencia en el manejo de ésta. No protestaron, por ejemplo, por el nuevo reglamento de exámenes, más riguroso y exigente que el examen tradicional. Debo advertir a usted que, para mí, la disciplina no es la obediencia, ni tampoco el silencio, sino la fuerza interior capaz de llevar la conciencia a un estado de depuración permanente. Y para ello es necesaria la libertad. Los esclavos no son disciplinados; jamás pueden disciplinarse. Esta tesis de la disciplina, fue glosada en nuestra Universidad, por el profesor Harliss, de Historia en la de Harvard, en un artículo dedicado a Washington, en "The New York Times", en 1933, argumento que sirvió para refutar al general Benavides en una célebre entrevista, en la cual se quejó contra la indisciplina de los estudiantes. La indisciplina estaba en su Gobierno, no en la Universidad. Un régimen de tiranía jamás puede exigir disciplina. Los estudiantes, como todo ciudadano libre, estaban en su perfecto derecho de oponerse a un Gobierno para el cual no hay más ley que su voluntad. La tiranía es incompatible con la docencia y por eso me felicito de este segundo destierro mío. He tenido la suerte de no participar de la dictadura de Leguía; menos de la actual tiranía vergonzosa.

Ante esta afirmación, que no puede ser más categórica, me atrevo a formular una pregunta:

—¿Cuál es para usted el problema social más interesante en estos momentos en la América Española y que demande una inmediata solución?

—Concluir con las tiranías. Todo régimen de fuerza es un insulto para América y un grave riesgo para su porvenir.

No puede ser más clara la posición de este pensador rebelde, que con tanto empeño se ha dedicado a estudiar la realidad peruana.

—¿Quién será el peruano que ha estudiado con más atisbos esa realidad?—es mi última pregunta.

—Manuel González Prada en sus libros inmortales: "Páginas libres", "Horas de lucha" y "Bajo el oprobio". Luego José Carlos Mariátegui, en sus "Siete ensayos" y, por último, Víctor Raúl Haya de la Torre con el ideario del Partido Aprista, del cual es fundador y jefe. Para mí, esos tres son los verdaderos mentores del espíritu peruano.

—A quien debemos mucho el esclarecimiento de González Prada es a Luis Alberto Sánchez. De Mariátegui supongo que ya usted conocerá el excelente estudio que ha hecho un universitario mexicano, Manuel Moreno Sánchez, ubicándolo con equidad y limpio discernimiento. Y en cuanto al ideario aprista, en estos momentos me intriga mucho la lectura de un ensayo que debo a la amistad de Alfredo Saco.

Este es, por hoy, el esquema de mi charla—no podría ser más seductora en cuanto a sus temas y afirmaciones—con el ilustre universitario peruano que nos visita. Su producción está subrayada por libros y ensayos que llevan estos nombres: "La educación del indio", "La función social de la escuela", "Problemas educativos", "Causas de la criminalidad del indio", "Legislación tutelar para el indio", "Ensayo de una escuela nueva en el Perú", "Higiene mental", "Psicopedagogía", "Historia de las Universidades de Bolonia y Padua". Tiene listo el primer volumen de "La evolución del sentimiento religioso en el indio peruano" y "La religión y el niño" y está recogiendo datos para escribir la "Historia de la cultura iberoamericana".

El doctor Encinas ha sido en la Universidad de Lima catedrático de Educación, en la que dió preferente interés a la psicopatología del niño y del adolescente. Ha sustentado conferencias en la Universidad de Panamá y en el Centro de Estudios Hispanoamericanos de dicho país; fue a Bolivia, ya desterrado, en donde aquel Gobierno le invitó a recorrer el país para ofrecer conferencias sobre Edu-

cación; en Chile fue recibido por los estudiantes e invitado a una serie de lecciones sobre organización universitaria, y en Cuba el Instituto Iberoamericano le brindó su tribuna.

A grandes rasgos, tal es la personalidad del doctor Encinas, pensador preocupado seriamente por los destinos de esta América que sigue—a pesar de todo—su trayectoria hacia una conducta mejor; y ojalá que su retorno a México le sea fértil en nuevas y ricas experiencias.

EL GRECO Y VELAZQUEZ, SIMBOLOS DEL ALMA HISPANA

P o r R E N E B A R R A G A N

Toledo; el Greco.

NINGUNA ciudad de España refleja tan hondamente el alma ibérica como Toledo. Los pueblos, al nacer, diríase que nacen sin alma; ésta la van forjando a través de los siglos, con sus hazañas, con sus dolores, con sus sacrificios, con sus anhelos. Y cada uno de los momentos supremos de la vida, va dejando una huella material en las ciudades. Así, en Toledo, la ciudad de más noble estirpe de toda España, podemos recorrer, con sólo contemplar sus piedras desgastadas, todos y cada uno de los pasos del pueblo más heroico de la cultura occidental. La primitiva población indómita, la dura dominación romana, el cristianismo de los visigodos, el esplendor del califato árabe, el rudo pelear de la reconquista y las glorias del imperio universal, todo dejó su huella, todo fue recogido simbólicamente por los muros de Toledo. Tal como si la historia hubiera petrificado cada uno de sus instantes decisivos.

Todavía hoy tiene la ciudad cierto aspecto oriental, o mejor, árabe. Las casas bajas, casi sin ventanas, alinéandose en calles estrechas, sinuosas, oscuras. Hay mezquitas, que con sus airosos minaretes parecen invocar aún al Dios de los desiertos... Y junto a ellas, los templos góticos, las cruces cristianas y los castillos feudales. La victoria española sobre los moros; la Cruz sobre la Media Luna; eso es Toledo.

Esta ciudad de tradición es la capital espiritual de España; su auténtico centro. Y toda ella recuerda el drama del catolicismo español, tan henchido de nobleza. Fue en Toledo donde los reyes visigodos aceptaron el Evangelio, y desde enton-

ces España unió su destino a la Cruz y el destino de la Cruz fue el de España. Pueblo de acción, puso al servicio de un ideal—su fe—, la espada. España sintió el cristianismo como cosa suya, incorporada a su sangre y lo defendió como se defiende en la vida lo supremo: con la vida misma. Por eso el español de los grandes siglos es el caballero de la reconquista, que unimisma, en un ideal único, lealtad a Dios y lealtad al Rey. Y esto se advierte en Toledo; el caballero y el monje marcharon juntos; por eso están juntos todavía el santuario y el castillo.

La religiosidad de Toledo es una religiosidad de fuerza; no es una idea anémica, como en los pueblos nórdicos, sino un impulso de arraigo vital, que arrastra la vida entera en grandioso ímpetu creador. Es una fuerza que vibra en el ambiente y enaltece el alma. Por eso el más grande místico español, que fue un laico, encontró en Toledo el escenario que requería su genio religioso y artístico. Este gran laico místico fue el Greco.

Toledo era el compendio de la España de los grandes siglos y el Greco fue el compendio de Toledo. Ningún hombre captó tan hondamente el espíritu de Toledo, y por ende el espíritu español, como este pintor de origen extranjero. No importa el lugar donde se nace cuando se tiene una patria espiritual, y el Greco fue español por todos los derechos del espíritu. Y España encontró en él una voz auténtica con qué decir a los siglos su mensaje.

Antes del Greco oscila la pintura española entre los recuerdos flamencos de Morales y las tendencias italianizantes de los maestros sevillanos. Con el Greco encuentra el gran pueblo su ruta artis-